

2. LA CONCEPCIÓN DEL HOMBRE EN EL SISTEMA ECONÓMICO

Mientras la situación económica de las naciones dependa del estado de los conocimientos físicos, es un asunto para las ciencias físicas y las artes que en ellas se basan. Pero en tanto que las causas sean *morales* o psicológicas, y dependan de las instituciones y relaciones sociales, o de los *principios de la naturaleza humana*, su investigación incumbe no a las ciencias físicas, sino a las *morales y sociales*, y es el objeto de lo que se llama economía política.

0 ● — ● 9 ● ● 9 ● ● 3 → ● ●

Al ser el hombre sujeto y objeto último de la economía, es necesario tener bien claro que cualquier estudio sobre la naturaleza de esta ciencia presupone una concepción del hombre mismo: qué es el hombre, cuál es su comportamiento económico, qué se debe esperar de él, qué es lo que necesita.

Este trabajo no pretende revisar exhaustivamente cuál ha sido la visión que del hombre han tenido todos aquellos que a lo largo de la historia han ido construyendo el pensamiento económico, sino tan sólo revisar brevemente las concepciones antropológicas de los fundadores de las principales escuelas, la clásica, de Adam Smith, y John Stuart Mill, como puente hacia el neoclasicismo; y la escuela socialista, de Carlos Marx, para luego contrastarla con la visión que del hombre tiene la Iglesia católica.

Que la concepción filosófica del hombre es un elemento esencial dentro del sistema económico lo refuerza el hecho de que el pensamiento económico se desprendiera poco a poco del pensamiento filosófico, de tal manera que los primeros economistas fueron filósofos, y llegaron a la economía buscando contestar una de las cuestiones fundamentales de la filosofía: qué es el hombre.

2.1 Adam Smith: la naturaleza egoísta del hombre.

Con la publicación, en 1776 de la *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, el inglés Adam Smith puso las bases del sistema clásico de la economía. Smith se ubica en la línea que ya venían marcando los fisiócratas franceses, siendo, además, un gran observador de la realidad económica de su época.

El sistema de Adam Smith combina una teoría de la naturaleza humana y una teoría de la historia con una forma peculiar de teología natural (la doctrina greco-escolástica del derecho natural¹), y algunas observaciones prácticas sobre la vida económica.

La doctrina de Smith contiene tres puntos importantes: la división del trabajo, la determinación de los precios y la asignación de recursos, y el crecimiento económico. Él, además, muestra una profunda creencia en la libertad personal, y resalta la importancia del crecimiento económico en tanto está orientado hacia el bienestar humano.

¹ Igual que para los fisiócratas, para Adam Smith el derecho natural refleja la mente de Dios, Creador de todas las cosas, por lo tanto, es superior al derecho positivo, y debe estar por encima de éste lo más que sea posible en las más de las diferentes áreas de la actividad humana.

Basado en la teoría del derecho natural, Adam Smith impone restricciones a la intervención del Estado en la economía para mantener la libertad del hombre, sosteniendo el principio clásico del *laissez faire*.

Ahora bien, el punto central de la concepción antropológica de Adam Smith es el egoísmo. Y esta realidad de la naturaleza humana la expone con claridad no sólo en la *Riqueza de las naciones*, sino que ya la había desarrollado antes en su obra precursora *Theory of Moral Sentiments*.

Afirma Simth:

Cada individuo intenta [mediante el empleo de su capital] que el ingreso anual de la sociedad sea tan grande como pueda. Por regla general, no intenta promover el bienestar público, ni sabe cuánto está contribuyendo a ello. Prefiriendo apoyar la actividad doméstica en vez de la foránea, sólo busca su propia seguridad, y dirigiendo esa actividad de forma que consiga el mayor valor, sólo busca su propia ganancia, y en éste como en otros casos está conducido por una mano invisible que promueve un objetivo que no entraba en sus propósitos. Tampoco es negativo para la sociedad que no sea parte de su intención, ya que persiguiendo su propio interés promueve el de la sociedad de forma más efectiva que si realmente intentase promoverlo.²

De donde se desprende que para Smith el egoísmo no sólo es parte de la naturaleza del hombre, sino que es uno de sus elementos positivos. La gran paradoja de esta concepción es que el egoísmo conduce por sí mismo al bien común, lo que refleja la armonía natural que fundamenta al mundo económico. De aquí que sean innecesarias e incluso indeseables las intervenciones del gobierno.

² Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, p. 503-504; citado por Robert Ekelund, *Historia de la teoría económica y de su método*, 3ª ed., MCGraw -Hill, España, 1995.

En esta visión del funcionamiento del sistema económico, Adam Smith se apoya en tres argumentos de orden metafísico, y sólo uno empírico:

1. la mano invisible (las fuerzas del mercado que siguen su propia ley natural);
2. la libertad natural del hombre;
3. la sabiduría de Dios;
4. la incompetencia del gobierno.

Estos fundamentos han permanecido prácticamente iguales hasta los actuales economistas neoclásicos.³

Para Smith, la naturaleza del hombre tiene dos características psicológicas que definen su egoísmo:

- a) A mayor proximidad (espacio-temporal) de las cosas hay mayor interés por éstas. Por lo tanto, lo más importante para cada quien es su propia persona. “Cada hombre...se recomienda primera y principalmente a su propio cuidado; y cada hombre es, ciertamente, en cualquier aspecto, más adecuado y más capaz para cuidar de sí mismo que de cualquier otra persona.”⁴
- b) Como corolario de lo anterior, se tiene que cada hombre quiera mejorar su propia condición.

El egoísmo no genera problemas porque encuentra un freno natural. En lo moral, se ve frenado por la simpatía; y en lo económico, por la competencia. El monopolio es un egoísmo desenfrenado que destruye el bienestar económico. “El monopolio es un

³ Entre ellos, Milton Friedman.

⁴ Adam Smith, *Theory of Moral Sentiments*, p. 359. Citado por Robert Ekelund, *op. cit.*, p. 109.

gran enemigo de la buena gestión, la cual no puede extenderse sino mediante la competencia libre y generalizada que obliga a cada uno a recurrir a ella a fin de defender sus propios intereses.”⁵

La evolución de la historia

Para Smith, el egoísmo es parte invariable de la naturaleza del hombre. Tanto, que para él es el motor de su teoría de la historia. En ella, encontramos cuatro periodos:

1. cazador;
2. pastoril;
3. agrícola;
4. comercial.

Estos periodos se definen por el tipo de propiedad que predominó en cada uno de ellos. De hecho, los tres factores claves en la evolución de la historia son: el egoísmo, el desarrollo de los derechos de propiedad y las instituciones paralelas, y la división del trabajo.

El egoísmo fue responsable de la transición de las sociedades nómadas a las agrícolas, de igual modo se desarrollaron las sociedades comerciales con el consiguiente crecimiento de las ciudades como centros comerciales. La búsqueda del beneficio propio se convirtió en el principio organizativo de la producción.

“Sin embargo, a lo largo del tiempo el egoísmo produce una evolución sociopolítica y un crecimiento económico importantes. La sociedad civil es en gran medida una

⁵ Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, p. 226. *Ibidem*.

consecuencia de la propiedad privada y de la acumulación de riqueza.”⁶ Es decir, la propiedad privada y la riqueza acumulada son expresiones del egoísmo practicado.

Es en la época del pastoreo cuando en la sociedad aparecen las desigualdades de riqueza y se hace necesaria la presencia de una autoridad, y la subordinación a ella de todos los miembros de tal sociedad. Esta autoridad dio lugar a instituciones que reflejaron la jerarquía de la riqueza en la jerarquía del poder.

De lo anterior se deriva que el egoísmo no produjo igualdad o equidad, sino sometimiento y subordinación. En otras palabras, equidad y máximo de bienestar económico social no son sinónimos en el pensamiento de Adam Smith.

La división del trabajo

En lo que se refiere al principio de la división del trabajo, Smith escribe:

...el hombre reclama en la mayor parte de las circunstancias la ayuda de sus semejantes, y en vano puede esperarla sólo de su benevolencia. La conseguirá con mayor seguridad interesando en su favor el egoísmo de los otros, haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide, Dame lo que necesito y así tendrás lo que deseas, es el sentido de cualquier clase de oferta, y así obtendremos de los demás la mayor parte de los servicios que necesitamos. No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos

⁶ Robert Ekelund, *op. cit.*, p. 110.

sus sentimientos humanistas sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino la consideración de su propio interés.⁷

A partir de esta situación, el hombre experimenta una inclinación al intercambio, y con ello se ponen las bases de la división del trabajo.

Valor y salarios

En lo que se refiere a las fuentes del valor, para Smith éstas son los salarios, los beneficios y las rentas, de manera que ya no es sólo el trabajo fuente del valor, como ocurrió en las sociedades primitivas. Lo distingue, sin embargo, como medida de valor en cuanto al tiempo de trabajo ponderado según su calificación que contienen las mercancías.

Smith consideraba como esencia de la riqueza la producción de bienes físicos solamente, calificando como improductivos los bienes intangibles o servicios, tal era el caso de los artistas y de los docentes. Con ello, Smith sólo hacía hincapié en la dimensión objetiva del trabajo, en lo que éste produce, y no en su dimensión subjetiva, quién produce, quién trabaja, dimensión que también tienen los demás factores de la producción. Por ello, además, los salarios también se determinan de acuerdo con las leyes del mercado, como si se tratara de cualquier otro bien.

Finalmente, en lo que se refiere al bienestar económico de la sociedad, Adam Smith plantea que éste se alcanza con el crecimiento económico, basado en la acumulación de capital. Por eso, no le preocupa la justicia económica, como a los Padres de la Iglesia en la Edad Media, cuando el crecimiento estaba estancado, y lo que uno

⁷ Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, 2ª ed., 9ª reimp., Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 17.

ganaba, otro lo perdía, de ahí la necesidad de la ética en la economía de entonces. Para Smith, con el crecimiento, este problema estaba superado.

Intervención del Estado en la economía

Finalmente, como Smith era partidario del liberalismo, consideraba inoportunas las intervenciones del Estado en la economía, quedándole reservadas las siguientes funciones:

1. administración de justicia;
2. defensa nacional;
3. mantenimiento de empresas de interés público no rentables de modo privado (bienes y servicios públicos).

Con todo lo anterior, queda claro que el egoísmo es el centro dinámico de la naturaleza del hombre, y aunque es partidario de la libertad, no cree en la conciencia ni en los valores morales, aun cuando sea creyente, puesto que prefiere fomentar y justificar que el hombre actúe por impulsos más que por reflexión, más como individuo egoísta que como miembro responsable de un grupo social.

2.2 John Stuart Mill: el puente entre clásicos y humanistas.

Con John Stuart Mill la escuela clásica del pensamiento económico se extiende hacia nuevas perspectivas. Pensador y político social, recibió la influencia de los poetas románticos y de los filósofos franceses de la Ilustración. Mill llevó a cabo

nuevas reflexiones sobre el industrialismo que le tocó vivir a partir de sus lecturas de Dickens, Ruskin, Carlyle, etc.

Mill leyó también a Augusto Comte, para quien la economía debía quedar subsumida por la sociología o ciencia general del hombre. Fue además discípulo de Henri Saint-Simon. Mill reaccionó ante estas diversas críticas reconstruyendo los fundamentos filosóficos y metodológicos de sus propias posiciones sobre la economía como una disciplina autónoma.

La dicotomía del sistema económico

John Stuart Mill concibió un sistema económico dividido en dos: por un lado, las leyes de la producción, invariables y naturales; y por otro lado, las leyes sociales de la distribución, que reflejan la voluntad de las instituciones humanas, y que son, por lo tanto, producto de los valores, costumbres, filosofías sociales y gustos, factores todos ellos cambiantes.

Con esta disociación, Mill reconoció parte de la responsabilidad que el hombre tiene en el proceso económico, pero no en su totalidad, pues lo eximió de cualquier decisión estructural en el campo de la producción. Esto es, Mill desconoció la dimensión subjetiva de la producción.

La preocupación social de Mill

Simpatizante de los saintsimonianos, y de los socialistas, Mill fue un “militante en materia de reforma social, pero de una manera que conservaba y realzaba la libertad y la dignidad individuales en la mayor medida posible”.⁸

Mill mostró en su quehacer intelectual un interés humanista por una mayor igualdad en la riqueza y en las oportunidades: “Considero las investigaciones puramente abstractas de la economía política [...] como de mucha menor importancia comparadas con las grandes cuestiones prácticas que el progreso de la democracia y la difusión de las opiniones socialistas están planteando.”⁹

También fueron de su interés la redistribución de la riqueza, la igualdad de las mujeres, los derechos de los trabajadores, el consumismo y la educación. Rechazó el crecimiento económico por sí mismo, si no viene acompañado por una adecuada redistribución de la riqueza, y de restricciones en el crecimiento de la población.

Cabe aclarar que Mill ya distingue entre ingreso y riqueza, de manera que está de acuerdo con la redistribución de la riqueza, no del ingreso, pues todo hombre tiene derecho a recoger el fruto de su propio esfuerzo. Pero tampoco consideró favorable la acumulación de riqueza por sí misma, pues no favorecía la igualdad de oportunidades:

Las desigualdades en la propiedad originadas por las desigualdades en la actividad, la frugalidad, la perseverancia, los talentos, y hasta cierto punto incluso la suerte, son inseparables del principio de la propiedad privada, y si aceptamos el principio, hemos de aceptar también sus consecuencias; pero no

⁸ Ekelund, *op. cit.*, p. 198.

⁹ John Sturart Mill, *Letters*, I, seminario 170. Citado en Ekelund, p. 198

veo nada censurable en fijar un límite a lo que una persona puede adquirir por la benevolencia de los demás, sin haber realizado ningún esfuerzo para obtenerlo, y en exigir que si desea mayores bienes de fortuna trabaje para conseguirlos.¹⁰

Para Mill la libertad personal exigía igualdad de oportunidades, no igualdad de ingresos o de talentos:

Muchos, es cierto, no tienen éxito a pesar de que sus esfuerzos son mayores que los que realizan los que los consiguen, no por diferencia en los méritos respectivos, sino en las oportunidades; pero si se hiciera todo lo que pudiera hacer un buen gobierno por medio de la instrucción y la legislación para disminuir esa desigualdad de oportunidades, las diferencias de fortuna que se derivan de las ganancias personales no podrían causar recelos.¹¹

Otro punto a favor del humanismo de Mill es el reconocimiento que hace de las distintas dimensiones del ser humano, como se desprende de la siguiente cita:

Casi no será necesario decir que una situación estacionaria del capital y de la población no implica una situación estacionaria del adelanto humano. Sería más amplio que nunca el campo para la cultura del entendimiento y para el progreso moral y social; habría las mismas posibilidades de perfeccionar el arte de vivir, y hay muchas más probabilidades de que se perfeccione cuando los espíritus dejen de estar absorbidos por la preocupación constante del arte de progresar.¹²

¹⁰ John Stuart Mill, *Principios de economía política*, p. 215. Citado en Ekelund, p. 200.

¹¹ J.S. Mill, *Principios*, p. 692. *ibid*, p. 223

¹² J.S. Mill, *Principios*, p. 643. *Íbid*, p. 200

En lo concerniente al gobierno, Mill es un absoluto partidario del *laissez faire*. La intervención del Estado sólo podría venir exigida por algún grave bien, como la protección al consumidor, la educación general, la conservación del entorno, la protección selectiva de los contratos permanentes (como los matrimonios), la regulación de los servicios públicos, y la caridad pública. Para ejercer estas funciones, el gobierno puede hacer uso de dos clases de políticas: restrictivas, o bien, de apoyo a las fuerzas del mercado.

Políticas para mitigar la pobreza.

Entre las medidas que John Stuart Mill proponía para combatir la pobreza, destacan las siguientes:

- Impuesto sobre la renta valorado equitativamente proporcional a todos los niveles de renta, con excepción de todos los ingresos menores a cierta cantidad, necesaria para adquirir los bienes de primera necesidad, pues un impuesto sobre la renta regresivo desestimula la economía.
- Impuesto sobre herencias. El objetivo era gravar, a partir de cierta cantidad, lo heredado para gravar lo menos posible lo ganado, con el fin de igualar las oportunidades.
- Impuesto a los bienes de lujo, como un intento de combinar justicia social con economía de mercado.
- Leyes de los pobres. Para Mill, era justo que los hombres se apoyen, y más cuando hay mayor necesidad, como es el caso de los ancianos, los discapacitados, los enfermos, los jóvenes, etc. Y en el caso de los pobres que puedan trabajar, recibirían ayuda a cambio de trabajo.

Mill estaba de acuerdo con los socialistas en los fines, pero no en los medios; por ejemplo, para él, un aumento en los salarios se perdería con un consecuente aumento de la tasa de natalidad; lo que haría falta en ese caso es un cambio en los hábitos de la clase trabajadora. Por ello, en ese caso, su propuesta era la educación pública.

La evolución de la historia

En lo que se refiere a la evolución económica de la sociedad, Mill reconoce los mismos estadios de desarrollo que Adam Smith, pero es explícito en el papel del ocio y las nuevas necesidades, además del aumento de las anteriores por la multiplicación de los seres humanos. Y también reconoce la importancia del egoísmo como elemento dinamizador:

De tiempo en tiempo se emplea una parte de ella (de la riqueza) en trabajos de utilidad pública. Las cisternas, pozos y canales para el riego, sin el cual en muchos climas tropicales el cultivo no podría realizarse; los diques que limitan el curso de los ríos, los bazares para los negociantes, las posadas para los viajeros, que no habrían podido hacerse con los escasos medios en posesión de quienes los usan, deben su existencia a la liberalidad o al *egoísmo inteligente* de los mejores príncipes, o la benevolencia u ostentación de algún particular rico, cuya fortuna, si se busca su origen, siempre proviene de las rentas públicas en alguna época inmediata o remota, las más de las veces por concesión directa que hace el soberano de una parte de aquéllas.¹³

Más adelante, hablando del desarrollo en Europa y la presión por el uso de la tierra, reconoce otro factor importante que también refleja el egoísmo, la ambición: “Lo que las tribus menos adelantadas hacían por necesidad, las más prósperas lo hacían

¹³ John Stuart Mill, *Principios de economía política*, 7ª ed. Fondo de Cultura Económica, 1951, p. 38. Las cursivas son mías.

por ambición y espíritu militar y después de algún tiempo, la totalidad de esas ciudades eran, o conquistadoras, o conquistadas.”¹⁴

Así, John Stuart Mill va más allá que Adam Smith en cuanto a su concepción del hombre, en cuanto a la búsqueda de su dignidad y de la subordinación de la economía frente a él. Por eso, para él estado estacionario no era un desgracia que hubiera que evitar a toda costa, toda vez que era el momento más adecuado para llevar a cabo las políticas redistributivas.

2.3 Carlos Marx: el comunismo.

La evolución histórica

La teoría marxista de la historia es la del materialismo histórico, cuyo motor es la lucha de clases, derivada del conflicto de intereses que genera la estructura social. Este conflicto es el del capital contra el trabajo, entendiendo de antemano que todas las relaciones humanas son relaciones de producción. La propiedad privada, no la propiedad en general, es expresión de este antagonismo:

¿Es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, crea propiedad para el proletario? De ninguna manera. Lo que crea es capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede acrecentarse sino a condición de producir nuevo trabajo asalariado, para volver a explotarlo.¹⁵

¹⁴ *Ibid*, p. 41.

¹⁵ C. Marx; F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Progreso, Moscú, 1990, pp. 45-46.

Para Marx, “el materialismo es una concepción filosófica que sostiene que la materia en movimiento es el elemento fundamental del universo”.¹⁶ Se trata de un proceso que considera al hombre real en sus condiciones económicas y sociales, no sólo en sus ideas, puesto que el modo de producción determina su pensamiento y sus ideas.

El modo como los hombres producen sus medios de vida [...] es ya más bien un modo determinado de la actividad de estos individuos, de manifestar su vida, un determinado *modo de vida* de los mismos. Los individuos son tal y como manifiestan su vida. Lo que son los individuos coincide, por tanto, con su producción, es decir, tanto con *lo que* producen como con el modo *como* producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones sociales de producción.¹⁷

En el marxismo, ninguno de los modos de producción surge como consecuencia de la naturaleza humana, ni considera que la motivación del hombre en el capitalismo, la búsqueda del máximo de ganancias, sea el fin universal del hombre. Más aun, el marxismo considera que son los propios modos de producción los que condicionan la naturaleza del hombre, una vez que se ha llegado a determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas.

El determinismo social en el sistema económico

Marx se opone a Mill en el sentido de que la producción obedece a leyes inmutables e independientes de la historia, pues la producción tiene lugar en un contexto social

¹⁶ Erich Fromm, *Marx y su concepto del hombre*, col. Breviarios, 166, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 20.

¹⁷ C. Marx, *La ideología alemana*, citado en Ekelund, *Op. cit.*, p. 279.

y sólo se puede llevar a cabo por individuos sociales, y en una determinada etapa del desarrollo social, reflejada por las relaciones legales y formas de producción.

Así, Marx escribe: “El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre lo que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.”¹⁸

En el fragmento anterior, llama la atención el asunto de la conciencia, no como variable determinante, sino como dependiente. Dice Marx:

La producción de las ideas y representaciones, de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se presentan todavía, aquí, como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etc. de un pueblo. Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etcétera, pero los hombres son reales y actuantes, tal y como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por el intercambio que a él corresponde, hasta llegar a sus formaciones más amplias.¹⁹

Así, para Marx, todo lo que el hombre piensa es falso, es mera ideología y racionalización, siendo, en realidad, inconscientes sus verdaderas motivaciones, haciendo eco de la teoría freudiana, sólo que para Marx el núcleo del inconsciente

¹⁸ C. Marx y F. Engels, “Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Obras escogidas, t. I Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1951. Citado en Fromm, *op. cit.*, p, 30.

¹⁹ C. Marx, *La ideología alemana*, p. 25. Citado en Fromm, *op. cit.*, p. 32.

radica en la organización social, dentro de la caen, además, las ciencias y las artes. La madurez humana depende de la madurez de la sociedad.

El reflejo religioso del mundo real sólo podrá desaparecer por siempre cuando las condiciones de la vida diaria, laboriosa y activa, representen para los hombres relaciones claras y racionales entre sí y respecto a la naturaleza. La forma del proceso social de vida, o lo que es lo mismo, del proceso material de producción, sólo se despojará de su halo místico cuando ese proceso sea obra de hombres libremente socializados y puesta bajo su mando consciente y racional.²⁰

Al hablar de naturaleza humana, sin embargo, Marx distingue entre naturaleza humana en general, y naturaleza humana históricamente condicionada. Así, en el hombre se distinguirían dos clases de impulsos, unos constantes o fijos, integrantes de la naturaleza humana en general, como el hambre o el sexo; y los impulsos relativos, cuyo origen se encuentra en la estructura social de producción y comunicación, como es el caso de la necesidad de dinero o de propiedad.

El trabajo humano

Quizá uno de los puntos más acabados de la teoría marxista es el concepto del trabajo. Y esto en razón de la visión humanista de Carlos Marx, quien opone su visión a la del capitalismo, para el cual el trabajo es considerado como una mercancía más.

El hombre se distingue de los animales porque produce sus propios medios de vida, por ello es capaz de crear su propia historia y su propia relación con la naturaleza a

²⁰ Fromm, E. *op. cit.*, p. 28.

partir de su trabajo. El trabajo es entendido como la relación entre el hombre y la naturaleza; por su trabajo, el hombre no sólo transforma la naturaleza, sino que se transforma a sí mismo.

Cada una de tus relaciones con el hombre y la naturaleza debe ser una *expresión específica*, correspondiente al objeto de tu voluntad, de la *verdadera vida individual*. Si amas sin evocar el amor como respuesta, es decir, si no eres capaz, mediante la *manifestación* de ti mismo como hombre amante, de convertirte en *persona amada*, tu amor es impotente y una desgracia.²¹

Además, el trabajo humano se diferencia del trabajo animal en que el hombre lo realiza teniendo en la mente un fin, un propósito claro de lo que quiere lograr. En este sentido, el trabajo es autoexpresión del hombre, de todas sus facultades físicas y mentales individuales. De aquí que el trabajo pueda ser una actividad gozosa y no sólo necesaria hasta el punto de provocar la explotación del hombre.

En este sentido, el comunismo no busca sólo una mejor remuneración del trabajo y una elevación del nivel material de vida, sino que es el medio por el que el hombre encuentra la plenitud de su ser, el máximo desarrollo de su individualidad.

En el marxismo, el hombre es autor y producto de la historia; en otras palabras, la historia es un proceso de autocreación del hombre por medio de su trabajo y su producción. Para el pensamiento marxista, trabajo y capital no son sólo categorías económicas, sino también antropológicas. El trabajo es entendido como actividad, no como mercancía.

²¹ C. Marx, *Manuscritos filosóficos y económicos de 1844*, apéndice de Fromm, *op. cit.*, p. 175. Las cursivas son del original.

El capital, lo que se acumula, representa el pasado, en tanto que el trabajo es una expresión de vida presente. “De este modo, en la sociedad burguesa el pasado domina sobre el presente; en la sociedad comunista es el presente el que domina sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo que trabaja carece de independencia y está despersonalizado.”²²

Las raíces del pensamiento marxista se encuentran en Hegel, para quien esencia y apariencia no coinciden. Para Hegel y Goethe, el hombre se conoce a sí mismo en tanto que conoce el mundo, y al mundo sólo lo conoce dentro de sí mismo.

Se tiene sentido cuando se es productivamente activo; por el trabajo el hombre se relaciona activamente con el mundo, y de este modo realiza su propia esencia. Para Marx, el principio de movimiento en el hombre es su vitalidad creadora, una productividad cuya negación es la enajenación.

El contacto con el mundo implica una relación sujeto-objeto, unidos de tal manera que no se pueden separar, relación que es equivalente a la de sentidos-cosa, donde la cosa ya no es cosa por sí misma, sino que es una relación humana objetivada. Así, la necesidad y el placer han perdido su carácter egoísta y la naturaleza ha perdido su mera utilidad para ser utilización humana.

Los sentidos que el hombre tiene, por así decir, naturalmente, tienen que conformarse de acuerdo con los objetos exteriores. Cualquier objeto sólo puede confirmar una de mis propias facultades. “Porque no son sólo los cinco sentidos, sino también los llamados sentidos espirituales, los sentidos prácticos (desear, amar, etc.), o sea, la sensibilidad humana y el carácter humano de los

²² C. Marx; F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Progreso, Moscú, 1990, pp. 46-47.

sentidos *los que pueden surgir* mediante la existencia de *su* objeto, a través de la naturaleza humanizada.” (C. Marx, *Manuscritos...*, p. 141)²³

Es importante señalar que Marx no tenía una visión absolutamente material del hombre, le reconocía una dimensión espiritual, aunque no de carácter sobrenatural, que debía cultivarse, obviamente no mediante la religión, a la que creía enajenante, que impedía al hombre su plena autorrealización. El hombre es un sujeto de sí mismo, no de ningún Dios, que los hombres habrían inventado en su tendencia subjetiva para solucionar determinadas cuestiones.

Capitalismo, propiedad privada y libertad

Otra forma de autoenajenación humana es el capitalismo. Por eso el comunismo plantea la abolición positiva de la propiedad privada, con el fin de alcanzar una apropiación real de la naturaleza por el hombre y para el hombre, como ser social. Éste es el fundamento del humanismo marxista como naturalismo desarrollado.

El comunismo, como naturalismo plenamente desarrollado, es un humanismo y, como humanismo plenamente desarrollado es un naturalismo. Es la verdadera solución del conflicto entre la existencia y la esencia, entre la objetivación y la autoafirmación, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. Es la solución del dilema de la historia y sabe que es esta solución.”²⁴

En este nuevo contexto, dentro del comunismo marxista, la riqueza y la pobreza no se definen por el tener, sino por el ser. Cuando los sentidos están enajenados, los hombres piensan en el tener, y no en la plenitud de su existencia.

²³ E. Fromm, *op. cit.*, p. 43.

²⁴ C. Marx, *Manuscritos...*, p. 135-6.

A medida que *seas* menos, que expreses menos tu propia vida, *tendrás* más, más *enajenada* estará tu vida [...] Y todo lo que no puedes hacer, tu dinero puede hacerlo por ti mismo [...] Pero, aunque puede hacer todo esto, sólo *desea* crearse a sí mismo y comprarse a sí mismo, porque todo lo demás le está sometido.²⁵

De este modo, el comunismo es contrario al consumismo y a la producción de bienes por sí misma. El fin del comunismo es el desarrollo de la personalidad individual, lo cual incluye su independencia y su libertad, libertad no sólo *de*, sino también *para*.

Un ser no se considera independiente si no es dueño de sí mismo y sólo es dueño de sí mismo cuando su existencia se debe a sí mismo. Un hombre que vive del favor de otro se considera un ser dependiente. Pero vivo totalmente del favor de otra persona cuando le debo no sólo la conservación de mi vida sino también su *creación*; cuando esa persona es su *f fuente*. Mi vida tiene necesariamente esa causa fuera de sí misma si no es su propia creación. [...el hombre es independiente] si afirma su individualidad como hombre total en cada una de sus relaciones con el mundo al ver, oír, oler, saborear, sentir, pensar, desear, amar; en resumen, si afirma y expresa todos los órganos de su individualidad.”²⁶

En lo que se refiere a la libertad, la conquista de ésta tiene como condición la conciencia de clase, pues la libertad es la superación de la enajenación entendida como la realidad social de clases. “Por lo tanto, el problema de la libertad es para Marx no sólo un problema individual, sino un problema histórico y social, un problema de clase.”²⁷

²⁵ *Ibid*, p. 152-153.

²⁶ *Ibid*, p. 146.

²⁷ Roger Garaudy, *Introducción al estudio de Marx*, Serie popular n. 33, Era, México, 1975, p. 97.

Por eso Marx escribirá: “el ideal cristiano de la libertad, es decir, mediante la representación imaginaria de la libertad.”

Esto no sólo vale para el cristianismo sino para toda concepción de la libertad no arraigada en la historia y sus luchas, y que pretenda conferir al hombre la libertad sin dar a todos los hombres el dominio de la naturaleza y de sus relaciones sociales.

Libertad, dice Marx, equivale a poder real.²⁸

Libertad, para Marx, también implica la posibilidad de integración de la humanidad en cada hombre. El reino de la libertad comienza ahí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad. De ahí la conveniencia de la planeación de la producción colectiva.

Llegando a tal reino en el comunismo, desaparece la lucha de clases, se eliminan los antagonismos de clase, y la historia comienza, por fin, no de nuevo, sino por vez primera. La lucha de clases era el motor de la prehistoria.

En la historia, el motor es la dialéctica de la libertad, expresada como:

- a) Conquista continua de la naturaleza por el hombre, conquista de los poderes ilimitados, de lo grande, de lo pequeño y de lo complejo; conquista del infinito,
- b) Diálogo entre crítica y autocrítica, estableciendo reciprocidad de conciencias.
- c) Estética. El hombre será libre de crear y de crearse a sí mismo. “¿Por qué habría de crear el hombre sólo bajo el aguijón de la necesidad y de

²⁸ *Ibid*, p. 98.

la angustia, cuando los mismos cristianos concibieron un Dios cuya Creación no era una emanación necesaria sino un don gratuito del amor?²⁹

El marxismo, pues, tiene el mérito de considerar al hombre en una mayor integridad, resaltando su integridad y lo que de humano hay en el proceso económico. Marx le da importancia al hombre por sí mismo, pero lo desprende de su trascendencia sobrenatural.

2.4 La antropología católica: el hombre, imagen de Dios.

Quando contemplo el cielo, obra de tus manos;
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre para que te acuerdes de él;
el ser humano para darle poder?

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies.

99 • • • ♦

Para entender el punto de vista de la Iglesia católica, como de cualquier otra institución de carácter religioso, se debe partir de que asume como verdadero el contenido de su fe. Y la demostración de esta verdad es materia que rebasa los objetivos de este trabajo.

²⁹ *Ibid*, p. 101.

De manera que asentamos como premisas básicas las siguientes, porque en ellas está fundamentada la visión católica del hombre, base, a su vez, de toda la doctrina social de la Iglesia:

1. La existencia de Dios, principio creador de todas las cosas.
2. Dios se ha manifestado a su pueblo de diversas maneras; en el pasado, mediante los patriarcas y profetas, y a nosotros nos ha hablado por medio de su hijo, Jesucristo. Por lo tanto, toda esta revelación, contenida en la Biblia y en la Tradición de la Iglesia, se considera como verdadera e inspirada.³⁰
3. Jesucristo fundó una sola Iglesia, encomendada a los apóstoles, cuyos sucesores son los obispos, bajo el Primado del apóstol san Pedro³¹, cuyo sucesor es el obispo de Roma, el papa. De ahí que el Magisterio del papa y los obispos sean parte de la enseñanza apostólica, llevada a cabo por mandato del mismo Jesucristo.³²

Qué es el hombre

De acuerdo con el libro del Génesis,³³ Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y lo creó soplando su aliento sobre el barro. En consecuencia, el hombre no está formado sólo de materia, sino que contiene un elemento espiritual de origen divino, y que es el que le da la vida.

³⁰ Cfr. DV n. 4.

³¹ Cfr. Mateo 16,18.

³² Cfr. LG n. 20.

³³ Cfr. Génesis 1, 27; 2,7.

Además, el concepto de hombre va ligado al de persona, y éste es una de las aportaciones que dio el cristianismo al pensamiento occidental. Y lo hizo no pensando en el hombre mismo, sino para explicar la triple manera subsistente de ser en Dios, uno en esencia y trino en personas; así como las dos naturalezas de Cristo en una sola persona.

La visión teológica judeocristiana se mezcló con la corriente filosófica grecorromana. Para los griegos, el hombre era un elemento más de la naturaleza (de ahí la definición aristotélica del hombre como animal racional), para Platón, en particular, el hombre era la unión de dos naturalezas completamente diferentes entre sí, cuerpo y alma, siendo el cuerpo prisión del alma. Su pensamiento influyó fuertemente en san Agustín.

Santo Tomás de Aquino no aceptó el dualismo radical platónico, pero sí que el ser humano es la combinación de esencia o forma (alma) y existencia o materia (cuerpo), estructurada en tres niveles:

1. Orgánico-vegetativo: donde se da la vida y las necesidades fisiológicas.
2. Sensorial: donde se da una parte de la vida cognoscitiva (imaginación, memoria) y apetitiva (sin ser voluntad: concupiscencia, irascibilidad). Este nivel influye en la constitución de la sociedad, donde se busca obtener el bien deleitable o repeler el mal sensible.
3. Racional: donde se completa la vida cognoscitiva (intelecto y razón) y apetitiva (voluntad racional y libre, que es la que mueve hacia el bien común).

Espíritu y materia forman un solo ser subsistente, una unidad sustancial. Se trata de dos sustancias incompletas que se unen formando una sola sustancia completa. Así, para santo Tomás, la persona es un individuo pensante; la esencia se individualiza

por la materia. En otras palabras, se trata de una sustancia completa, individual e incomunicable (en el sentido ontológico, es decir, que no puede comunicar su ser) de naturaleza racional.

Por ser un subsistente o una substancia individual de naturaleza racional, la persona tiene existencia completa, autónoma e incomunicable. Consta de cuerpo y alma, unidas con una relación trascendental; por el cuerpo, tiene temporalidad y, por tenerla, tiene historia; por el alma espiritual tiene eternidad y, por tenerla, se proyecta a lo eterno desde la misma historia; es decir, tiene trascendencia con respecto a la historicidad, gracias a su conciencia y su libertad. Pero tiene exigencias tanto materiales como espirituales; las materiales son las necesidades primarias, las espirituales no son tan perentorias como las anteriores, pero son las más radicales de la personalidad. Conjuga el tener autonomía y subordinación, el tener un fin inmanente y un fin trascendente. Pero todo ello es la riqueza del hombre como totalidad concreta: múltiples aspectos reunidos en una misma historia.³⁴

Aunque el tomismo sigue siendo una corriente fuerte dentro del pensamiento cristiano, el existencialismo creyente ocupa hoy un lugar importante, aun dentro de la Iglesia católica. Esta corriente rechaza completamente el dualismo de los entes en esencia y existencia, en materia y forma y, hablando del hombre, en cuerpo y alma.

Así, el hombre es una sola existencia concreta, con varias dimensiones, pero una sola realidad, una unidad plural. De aquí la definición de hombre de G. Marcel: *espíritu encarnado*. Esta corriente, personalista,³⁵ destaca la totalidad del hombre concreto en su irrepetible singularidad:

³⁴ Mauricio Beuchot, *Los principios de la filosofía social de santo Tomás: líneas generales del pensamiento socio-político de santo Tomás de Aquino*, IMDOSOC, México, 1989, p. 26.

³⁵ Para la filosofía escolástica, son tres las clases de personas: la divina, la humana y la angélica. Para el personalismo, sólo el hombre es persona, de Dios sabemos que es, pero no *qué* es.

¿Qué es, pues, la persona? ¿Cómo definirla? Sencillamente hay que decir que la persona es indefinible. Intentar una definición implica proponer ‘fines a’ y, la persona, desde una cosmovisión cristiana, es “infinita”. Ella es la expresión más clara y profunda del ser. Es la realidad ontológica por experiencia. La persona es el ente en el que el ser deviene *logos* —interacción y palabra—. Así, la persona es la síntesis de lo universal y lo singular y en su singularidad irrepetible tiene valor de totalidad —*es totalidad*—. La persona es la unión vital de espíritu y naturaleza; la síntesis de libertad y de eternidad; de yo y no-yo; de valor y antivalor. La persona es la paradoja viviente, un enigma indescifrable.³⁶

Pero la describe de la siguiente manera: *es el viviente que tiene la capacidad de autoconocimiento, autodeterminación, comunicación y autotrascendencia.*³⁷

a) *Autoconocimiento*. Conocer es el modo primordial de entrar en contacto con la realidad. El hombre tiene conciencia de sí al tener conciencia de otra cosa; se conoce como enfrentado a otro. De aquí surge la reflexión. El conocimiento del hombre, sobre todo el que implica mayor actividad intelectual (pero no sólo), tiene las siguientes propiedades:

1. Universalidad. Podemos conocerlo todo.
2. Intencionalidad. Nos referimos a algo diferente de nosotros.
3. Mundanidad. El hombre vive y actúa en el mundo, y conocer es abrirse al mundo.
4. Perspectividad. Sólo se conocen ciertos aspectos, perspectivas, de la realidad y no exhaustivamente. El conocimiento es imperfecto, pero no relativo.

³⁶ José Rubén Sanabria, “La dignidad de la persona humana”, en varios autores, *Manual de doctrina social cristiana. Los grandes principios de la doctrina social cristiana*, IMDOSOC, México, 1991, p. 93.

³⁷ *Ibid*, p. 94

5. Personalidad. El hombre es el que conoce y el conocimiento lleva las características del hombre.
 6. Historicidad. El hombre es histórico, y el conocimiento varía según la época en que la persona vive.
- c) *Autodeterminación*. Es libertad, la capacidad de decidir. Por la libertad, el hombre se realiza como persona, y como es humana, la libertad es limitada. “La libertad es la esencia del espíritu porque el espíritu, a diferencia de la materia, tiene su centro, su unidad, en sí mismo, donde nada ni nadie lo puede determinar: el espíritu se determina a sí mismo [...] Sólo el espíritu es capaz de libertad.”³⁸

Actuar con libertad es actuar con responsabilidad, sabiendo qué se hace y por qué. Libertad *de* y libertad *para*. Esto conlleva una calificación ética que lo hace digno de mérito o demérito en el plano moral; y de premio o castigo, en el plano legal.

- d) *Comunicación*. La persona es un ser-en-relación. Sólo en las relaciones interpersonales llega el hombre a su plenitud. La estructura esencial de la persona es dialogal, “y es que el *encuentro* con el otro es el ámbito propicio para la libertad, para el amor, para la alegría, para la fidelidad”.³⁹
- e) *Autotrascendencia*. El hombre es un itinerante, no tiene la plenitud que anhela, es “incapaz de ver la nada de donde ha sido sacado y el infinito donde es absorbido”.⁴⁰ El hombre tiende a la verdad para la que está hecho; al igual

³⁸ José Rubén Sanabria, *Introducción a la Filosofía*, 13ª ed., Porrúa, México, 1999, p. 254.

³⁹ José Rubén Sanabria, “La dignidad de la persona humana”, en *op. cit.*, p. 98.

⁴⁰ Pascal, *Frag.*, 199, 72. Pensamientos, Alianza, Madrid, 1981. Citado en Sanabria, “La disgnidad...”, *op. cit.*, p. 100.

que su origen, su fin es sobrenatural. Para el catolicismo, el hombre está llamado a la trascendencia de los límites espacio-temporales. Dice san Agustín: “Nos hiciste para ti, Señor, y nuestro corazón permanece inquieto hasta que no descansa en Ti.”⁴¹

Dignidad de la persona.

No se puede hablar de la persona sin traer a cuenta su dignidad. Sólo el hombre es digno porque es inteligente y libre. Hecho a imagen y semejanza de Dios, refleja los atributos más claramente divinos: intelección y amor. Está llamado a un fin sobrenatural, la contemplación de Dios.

Además, al haber sido redimido por medio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, ha sido constituido miembro de su cuerpo místico y, sobre todo, ha sido elevado a la categoría de hijo adoptivo de Dios. De modo que siendo todos hijos de un mismo Padre, todos compartimos la misma condición y dignidad de hermanos.

Proyección social de la persona.

Psicológica y socialmente, el hombre es un núcleo de relaciones perfectibles, su fin y perfección es el bien común de la sociedad. El fin, comprendido por la conciencia, mueve la voluntad a la acción, debiendo encontrarse aquí el origen del dinamismo histórico.

El existencialismo también define al hombre como un *especial modo de ser en relación*, una *relación subsistente*. La comunicación implica convivencia,

⁴¹ Citado en Héctor González Uribe, *Persona humana, sociedad y estado*, col. Doctrina social cristiana, n. 6, IMDOSOC, México, 1986, p. 7.

comunidad, política. Y la actividad política debe estar ordenada hacia el bien común, al común disfrute de los bienes y derechos que todos tienen como personas. Esto hace necesaria la ética política, por ser la política actos libres y deliberados. “Ahora más que nunca es urgente, muy urgente, una ética del amor. Porque el amor es la esencia de la persona, la más alta vocación del hombre, que será juzgado precisamente por su amor.”⁴²

El objetivo de la política es la realización íntegra y plena de las personas, de todos y cada uno, y no sólo de un colectivo anónimo e impersonal. Antes que la sociedad y la familia, está la persona. Este es el *personalismo comunitario* o *solidarismo* que propone la Iglesia.

Para este personalismo, el hombre mantiene la primacía inviolable del núcleo íntimo de su personalidad, el ser persona investida de una dignidad eminente y de una incoercible libertad. De aquí arrancan todos sus derechos fundamentales, anteriores y superiores a toda ley positiva y a toda organización política. Esto invalida todo intento de sojuzgamiento ideológico y material. Pero al mismo tiempo, el ser humano está abierto a la sociedad, por su indigencia y por su trascendencia peculiares. Y ello le obliga a colaborar en el bien común y le señala estrictos deberes para con la comunidad a la que pertenece. Le impone sacrificios y obligaciones no sólo en su vida e intereses, sino también en sus aspiraciones de desarrollo personal y de bienestar.⁴³

Así, para quienes se oponen a que la Iglesia se pronuncie sobre cuestiones terrenales, y la conminan a que se dedique exclusivamente a la salvación de las almas, la Iglesia responde que lo que importa no son las almas, sino la persona en su

⁴² Sanabria, “La dignidad...”, p. 102.

⁴³ Héctor González Uribe, *op. cit.* p. 9.

totalidad, no sólo el cuerpo o el alma, sino la persona. Y si la persona es un espíritu encarnado, la respuesta es más que contundente.

Y no siendo la sociedad otra cosa que una multitud de personas únicas e irrepetibles, con la misma dignidad, cualquier preocupación por la persona, es una preocupación por la sociedad, y viceversa. Por ello, para la Iglesia católica, “el principio, el sujeto y el fin de toda institución social es y debe ser la persona humana, ya que es ella quien por su propia naturaleza tiene absoluta necesidad de la vida social”.⁴⁴

Más aún, desde la perspectiva existencialista, no existe la pobreza, existen los pobres; no existe la hambruna, sino las personas con hambre; no las *enfermedades del Tercer Mundo*, sino los enfermos; no la concentración de la riqueza, sino unos pocos que tienen mucho; no la desnutrición infantil, sino los niños desnutridos; no la marginación, sino los marginados; no la explotación, sino explotadores y explotados; no importa la inmigración, importan los inmigrantes. No importa el pecado, sino el pecador, por eso murió y resucitó Cristo.

2.5 Visión global

Hasta aquí, ha quedado claro que los sistemas económicos efectivamente tienen tras de sí una particular concepción del hombre, tienen una idea clara de lo que es y de lo que implica la naturaleza del ser humano, asumida como inmutable. Y hemos visto que el catolicismo aporta también una visión del hombre sobre la cual no funcionarían los dos grandes sistemas económicos: el capitalismo y el comunismo.

⁴⁴ GS n. 25.

El egoísmo natural defendido por la escuela clásica y neoclásica no debe estar bajo el control del hombre, a pesar de su libre albedrío. El hombre es libre y responsable y tiene la capacidad de reflexión; así, un sistema económico que lleve al hombre a actuar por impulso, y que emplee su razón para obtener mayores ganancias para sí, está inhibiendo la realización plena de la persona, está menospreciando sus facultades y está rebajando su dignidad y la de sus semejantes.

El hombre del pensamiento marxista es un ser disminuido, que reduce su ser personal siempre a relaciones económicas. Aunque Marx habla de la realización plena del individuo en el comunismo, antes de él no es concebido originariamente como persona en sí misma, sino siempre como miembro de una clase; o bien, ya en el comunismo, se integra voluntariamente al colectivo, sin dejar de ser él.

Mientras la economía de libre mercado propone la competencia entre individuos aparentemente iguales como mecanismo económico para alcanzar el bienestar social, y el comunismo sólo puede alcanzarse a través de la lucha violenta de clases, el catolicismo propone la solidaridad a partir de que el individuo es persona, y como tal es único e irrepetible, y es importante por sí mismo, independientemente del grupo social al que pertenezca, aun cuando el ser le sea propio.

Si bien el sistema clásico y neoclásico, y el catolicismo están de acuerdo en el respeto a la libertad, la economía de libre mercado no cree en la responsabilidad de la persona libre, y al fomentar la competencia y el consumismo, la hace caer en la enajenación denunciada también (no sólo) por el marxismo, en detrimento de sí misma.

El cristianismo, doctrina de perdón y amor al enemigo,⁴⁵ es a todas luces incompatible con la lucha de clases. La transformación social parte de la persona, se proyecta en la familia y culmina en la comunidad; no puede ser al contrario porque, entonces, la persona no puede ser por sí misma, ningún grupo social puede darle al hombre la libertad que le es propia en razón del espíritu, hacer uso de la libertad siempre implica, a final de cuentas, el uso de la propia voluntad.

A la economía clásica y neoclásica, en la praxis, le es indiferente si para el hombre la vida y la historia tienen un sentido. Para el catolicismo, Dios es el punto de referencia, el punto de salida y de llegada, lo que da sentido a todos los ámbitos de su existencia. “Para un marxista, el sentido de la vida y de la historia no es un hecho de *naturaleza*, sino un hecho de *cultura*. Este sentido no fue dictado por Dios en el primer día de la creación. Es obra de la historia humana, desde la aparición, con el trabajo, de la primera herramienta...”⁴⁶

Así, pues, la variable fundamental que distingue los pensamientos anteriores es la persona y su dignidad. Cómo se concreta esto en planteamientos económicos es la materia del próximo capítulo.

⁴⁵ Cfr. *Lucas*, 6, 27-35.

⁴⁶ Roger Garaudy, “El sentido de la vida y de la historia en Marx y en Teilhard de Chardin: la contribución de Teilhard al diálogo entre cristianos y marxistas”, en Claude Cuénot y otros, *Evolución, marxismo y cristianismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1970, p. 101.